

ARTÍCULO III

CARACTERES GENERALES DE LA PSICOLOGÍA
AL PRESENTE

Las ideas y tendencias que acabamos de encontrar en los primeros representantes de la psicología, son también las mismas que constituyen la atmósfera intelectual que al presente nos rodea, y que vemos hoy traducirse en los hechos.

Pueden reducirse á tres los caracteres generales de la psicología actual. Descartes había encerrado la psicología en el estudio del pensamiento; del mismo modo, hoy el *objeto* de esta ciencia se limita á los *hechos conscientes*. Están además casi *universalmente abandonadas* la *metafísica* en general, y, como consecuencia, también la psicología llamada en otro tiempo *racional*. En cambio, se ve predominar por todas partes la metafísica en sentido kantiano, es decir, el *criticismo idealista*, dirigido exclusivamente á determinar los límites del pensamiento. La influencia universal de este criticismo idealista, y el positivismo *fenomenista* con quien aquél coincide en los puntos capitales, han encaminado la ciencia psicológica, enmurallada dentro de la conciencia, hacia el *monismo idealista* y *subjetivista*.

Independientemente de esta dirección filosófica y crítica de los estudios psicológicos, hase iniciado una dirección experimental de los mis-

mos, totalmente nueva; el empirismo y el mecanicismo contribuyeron á fijar la atención de los psicólogos sobre el aspecto *cuantitativo* de los fenómenos psíquicos; y hoy los estudios de *psicología experimental* han alcanzado un desarrollo poderoso y extraordinario, los cuales significan un progreso verdadero, y auguran fecundas esperanzas para lo porvenir.

*
* *

Para los psicólogos de hoy es un dogma indiscutible, que la *psicología tiene por objeto exclusivamente los hechos de conciencia*. Todos convienen en que los fenómenos físicos y fisiológicos constituyen un grupo aparte, revelado por la observación exterior, é independiente del otro grupo formado por los hechos psíquicos, accesibles únicamente á la conciencia; á estos últimos suele designarse con el nombre común de *pensamientos*, y se da el nombre de *alma ó espíritu* al sujeto que los percibe y en donde se verifican. Importa poco que entre ellos haya diferencias fundamentales; que algunos psicólogos, por ejemplo, conserven del pasado la existencia de las facultades, y que, en cambio, los fenomenistas las tengan por entidades vanas é inútiles, «fantasmas puramente verbales, sin sentido real»; lo cierto es, que todos ellos convienen en señalar, en los límites de la conciencia, la línea divisoria entre la fisiología y la psicología, entre el dominio de la materia y el del espíritu.

Cuando, en su *Meditación 3.^a*, trató Descartes de examinar y ordenar sus «pensamientos», los clasificó en dos grupos generales: en el primero colocó aquellos que son «como las imágenes de las cosas»; tales son los pensamientos de «hombre, quimera, cielo, ángel, Dios»; y en el segundo los que suponen y comprenden algo más que la simple representación de un objeto, tales son los pensamientos que se traducen por expresiones semejantes á éstas: «yo quiero, yo temo, yo afirmo ó niego». El nombre de *idea* le reservó para designar exclusivamente el primero de estos dos órdenes de pensamientos. Además de esto, subdividió el segundo grupo en otros tres diferentes, que comprendían respectivamente las *voliciones*, las *afecciones* y los *juicios*.

Descartes se apartó así en dos puntos principales de la clasificación tradicional. Antes de él, se admitía generalmente que la *idea*, ó más bien la simple representación, y el *juicio*, eran fenómenos de un mismo orden, procedentes ambos de un mismo género de facultades, las llamadas *aprehensivas* ó *cognitivas*; y las *afecciones* y *voliciones* eran referidas á una clase misma de facultades, á que se daba el nombre de *volitivas* ó *apetitivas*. Pero á Descartes, en su afán de renovar todo, le pareció mejor oponer el *juicio* á la *idea*, como «pensamientos» de distinto género; y al mismo tiempo, establecer entre las *afecciones* y *voliciones* la misma distinción que entre el juicio y los fenómenos afectivos ó volitivos. La primera de estas dos

innovaciones no pudo sobrevivir al autor de las *Meditaciones*; y se continuó llamando al juicio y á la idea por el nombre común de fenómenos *intelectuales*, ó *pensamientos*.

Esta confusión del fenómeno «intelectual» con el hecho interior de conciencia ó «pensamiento» en general, dió lugar á otro equívoco en el lenguaje filosófico. El análisis riguroso de los actos internos induce á clasificarlos en dos órdenes distintos: *sensible* y *material* el uno, *suprasensible*, *inmaterial* y *espiritual* el otro; los primeros tienen con los procesos fisico-químicos del organismo una conexión intrínseca, inmediata; los segundos, en cambio, están sometidos á las leyes de la naturaleza física no de una manera inmediata, sino indirecta y extrínseca, por mediación de los anteriores. Los antiguos escolásticos fueron unánimes en respetar esta distinción de los dos órdenes de hechos interiores, atribuyendo al *sentido íntimo* el sentimiento de la existencia de los primeros, y reservando el nombre de *conciencia* para la intuición de los segundos.

Pero, después que Descartes hubo designado con el nombre común de «pensamiento», todos los procesos de que tenemos «alguna conciencia interior», comenzaron á llamarse indistintamente «pensamientos» y hechos «conscientes». los actos sensibles lo mismo que los suprasensibles. Poco á poco, la distinción de naturaleza, que en otro tiempo se les atribuyó, fué desapareciendo hasta el punto de que, para el mayor

número de psicólogos, no hay ya diferencia esencial entre cualquier otro conocimiento y el intelectual, entre la *percepción* y el *entendimiento*, entre lo *psíquico* y lo *mental*, entre el *sentido íntimo* y la *conciencia*. De donde se deduce esta conclusión, muy natural dadas las confusiones anteriores: que entre el animal y el hombre sólo hay diferencia de grados.

Cuanto á la distinción sugerida por Descartes entre los fenómenos *afectivos* y los *actos volitivos*, fué, del mismo modo que en el caso anterior, introduciéndose gradualmente en la filosofía moderna. Sabida es la importancia que en la Monadología tienen las «*pequeñas percepciones*» ó «*percepciones sordas*». Leibniz las considera como estados del alma, de que tenemos un sentimiento ó percepción vaga y oscura, y, bajo este concepto, los opone á los estados conscientes claros y distintos, á la representación y al acto de la voluntad. Bajo la influencia de los filósofos alemanes, Sulzer y Tetens (1), el *sentimiento* leibniziano fué bien pronto considerado como una facultad aparte, distinta de las facultades aprehensiva y apetitiva, hasta que Kant puso el sello de su autoridad á esta clasificación. En adelante, la división, en tres partes, de las «*facultades del alma*», *entendimiento*, *voluntad* y *sensibilidad*, ó de los «*hechos psíquicos*» en in-

(1) TETENS. *Philosophische Versuche über die menschliche Natur und ihre Entwicklung*.— Véase WINDELBAND. *Geschichte der Philosophie*, Freiburg, 1892. S. 403.

telectuales, voluntarios y afectivos, será casi universalmente aceptada (1).

No insistiremos aquí más sobre este primer carácter general de la psicología, porque volveremos á tratar de él otra vez en el capítulo siguiente, al discutir la psicología de Descartes.

*

* *

Hemos dicho antes que otro de los caracteres generales de la psicología de hoy era el *abandono de la metafísica*, y particularmente de la *psicología racional*. Debido principalmente á la influencia de Kant, este *agnosticismo metafísico* va á convertirse bien pronto en *fenomenismo*; y la tendencia dominante de los psicólogos á no salir del hecho, conducirá á la mayor parte de ellos al *monismo idealista y subjetivista*. El triunfo, pues, del agnosticismo sobre el terreno

(1) Superfluo nos parece tratar de hacer ver el acuerdo general de los psicólogos, respecto de estos dos puntos: la asignación de los fenómenos conscientes como objeto exclusivo de la psicología, y la división de ésta en las tres partes indicadas en el texto. Bástenos con poner aquí, á título de ejemplo, á A. Bain, quien en su obra *Los sentidos y la inteligencia*, se expresa en estos términos: «El espíritu (*mind*) se opone á la materia, como el sujeto al objeto, como el mundo interior al exterior, como lo inextenso á lo extenso. Los fenómenos de lo inextenso se clasifican comúnmente en tres grupos: 1.º El *sentimiento* (*feeling*), que comprende exclusivamente los placeres y dolores. Emoción, pasión, afección, sentimiento, son distintas maneras de expresar el sentimiento. 2.º La *volición* ó la voluntad, que comprende toda nuestra actividad en cuanto es dirigida por el sentimiento. 3.º El *pensamiento*, inteligencia ó conocimiento. Cuanto á las *sensaciones*, en parte se incluyen en el sentimiento y en parte en el pensamiento. La suma de estas tres clases de fenómenos constituyen la definición del espíritu.»—*Introd. Cap. I.*

de la metafísica entraña, según veremos, la negación de las *facultades*, de un *yo substancial*, y, por fin, de todo cuanto más allá del fenómeno pueda significar alguna *cosa en sí*.

El descrédito de la metafísica no debe considerarse como un resultado exclusivo de la obra de Kant; Francisco Bacón, Hobbes, Locke, Hume, Stuart Mill, en Inglaterra; y en Francia, la física mecanicista de Descartes, el sensualismo de Condillac, Comte, Littré y Taine han contribuido también, por su parte, á extender y popularizar, independientemente del filósofo de Kœnigsberg, la concepción empírica y fenomenista de la Naturaleza. Las ideas positivistas, escribe Lange, germinaban ya al principio de este siglo (XIX), en la atmósfera intelectual de todas las grandes naciones europeas (1).

Añádase á esto el entusiasmo creciente por el desenvolvimiento extraordinario de las ciencias experimentales y por sus maravillosas aplicaciones á la industria, y el contraste entre la certidumbre y utilidad de estos resultados de una parte, y de otra la esterilidad de las disputas metafísicas, vanamente debatidas en las escuelas de la decadencia: todo esto predispuso los ánimos contra la especulación filosófica, impulsándolos más y más hacia el empirismo. El an-

(1) Véanse más arriba las páginas 55 y siguientes. - Véase también LANGE, *Histoire du Matérialisme*, tomo II, cap. II, pág. 84; KUNO FISCHER, *Francis Bacon und seine Nachfolger*, Leipzig, Brockhaus, 1875, y *Geschichte der neuern Philosophie*, tomo I, § 1.º, pág. 143. Heidelberg, 1889.

tagonismo establecido por Descartes entre el cuerpo y el espíritu, y por tanto entre la ciencia física ó mejor dicho mecánica, construída por el método de observación exterior, y la psicología, reducida al estudio de los fenómenos internos por medio de la conciencia, había hecho creer á los hombres de ciencia que el carácter de la psicología era opuesto y rebelde á la observación exterior y á las ciencias de la naturaleza; y aplicando después á la filosofía en general su juicio formado respecto de la psicología, vinieron á concluir, que el método del filósofo es incompatible con el método del sabio, deduciendo como última consecuencia que la filosofía y la ciencia se oponen una á otra como contradictorias.

Esta prevención de los ánimos contra la filosofía aparece expresada con toda claridad por Augusto Comte en su *Curso de filosofía positiva*.

«Por ningún motivo, dice, debe aceptarse »esta psicología ilusoria, última transformación »de la teología, que tan vanamente se intenta hoy »reanimar, y con lo cual, sin preocuparse del estudio fisiológico de nuestros órganos intelectuales, ni de seguir los procedimientos racionales »empleados actualmente en los estudios científicos, se pretende llegar á descubrir las leyes fundamentales del espíritu humano, por medio de »la contemplación de sí mismo, es decir, haciendo abstracción completa de las causas y »de los efectos.

»La preponderancia de la filosofía positiva

»ha venido acentuándose gradualmente desde
 »Bacón; ha adquirido hoy, aunque de un modo
 »indirecto, tan gran ascendiente, hasta sobre
 »aquellos que no han intervenido para nada en
 »su inmenso desenvolvimiento, que los metafísi-
 »cos, entregados al estudio de la inteligencia, se
 »han visto precisados, á fin de contener la deca-
 »dencia de su pretensa ciencia, á cambiar de
 »rumbo, presentando sus doctrinas como funda-
 »das sobre la observación de los hechos. Para lo-
 »cual, han imaginado en estos últimos tiempos
 »distinguir, por una sutileza muy singular, dos
 »clases de observación de igual importancia, ex-
 »terior é interior, la última de las cuales está
 »únicamente destinada al estudio de los fenóme-
 »nos intelectuales. No es este lugar á propósito
 »para discutir semejante sofisma fundamental;
 »y debo limitarme á indicar la principal razón,
 »por la que se demuestra claramente que esta
 »contemplación directa del espíritu por sí mismo
 »es una pura ilusión.

»Creíase, hace poco tiempo todavía, haber
 »explicado la visión, diciendo que la acción lumi-
 »nosa de los cuerpos determina sobre la retina
 »imágenes representativas de las formas y colo-
 »res exteriores. Á esto han contestado con razón
 »los fisiologistas que, si fueran verdaderas imá-
 »genes las producidas por las impresiones lumi-
 »nosas, sería necesario otro ojo para verlas. ¿No
 »ocurre lo mismo y con mayor razón en el caso
 »presente?

»Es sensible, en efecto, que por una invenci-

»ble necesidad pueda el espíritu humano obser-
 »var directamente todos los fenómenos, excepto
 »los suyos propios. Porque, ¿quién habría de ser
 »aquí el observador? Se concibe, cuanto á los fe-
 »nómenos morales, que el hombre pueda obser-
 »varse á sí mismo, dándose cuenta de las pasio-
 »nes que le animan, por la razón anatómica de
 »que los órganos donde éstas residen son distin-
 »tos de los destinados á las funciones de obser-
 »vación. Pero, aun cuando todo el mundo pueda
 »hacer tales observaciones, no podrían eviden-
 »temente tener nunca gran importancia cientí-
 »fica, y el medio mejor de conocer las pasiones
 »sería siempre exteriormente; porque todo es-
 »tado pasional muy pronunciado, aquellos pre-
 »cisamente que más nos interesa examinar, son
 »absolutamente incompatibles con la observa-
 »ción. Ahora, en cuanto á observar, del mismo
 »modo que las pasiones, los fenómenos intelec-
 »tuales en el momento de realizarse, sería ma-
 »nifiestamente imposible; porque el individuo
 »pensante no podría dividirse en dos, de modo
 »que, mientras el uno pensara, contemplase el
 »otro el pensamiento; y siendo idénticos, en este
 »caso, el órgano observado y el observador,
 »¿cómo puede tener lugar la observación?

»Semejante método psicológico es, pues, ra-
 »dicalmente imposible y nulo en su principio. Fi-
 »jémonos nada más en algunos procedimientos
 »absolutamente contradictorios que inmediata-
 »mente resultan de aquí. De una parte, se exige
 »el mayor aislamiento posible de toda sensación

» exterior; sobre todo, es necesario suspender
 » todo ejercicio intelectual; por sencillo que fuera
 » este trabajo, ¿cómo podría verificarse la obser-
 » vación *interior*? Por otra parte, en el supuesto
 » de que, á fuerza de precauciones, se haya con-
 » seguido un estado de completo sueño intelec-
 » tual, sería preciso contemplar las operaciones
 » realizadas en el espíritu; y ¿cómo han de con-
 » templarse las operaciones, si no existe nin-
 » guna?

» Los resultados de manera tan extraña de
 » proceder están en perfecta conformidad con los
 » principios. Hace dos mil años que los metafisi-
 » cos cultivan esta psicología, y esta es la fecha
 » en que no han podido convenir sobre una sola
 » proposición inteligible y sólidamente demostra-
 » da; siguen aún divididos en una multitud de es-
 » cuelas, que disputan sin cesar sobre los prime-
 » ros elementos de sus doctrinas. Y es que la
 » *observación interior* engendra casi tantas opi-
 » niones diversas como son los individuos.

» Los verdaderos sabios, los hombres dedica-
 » dos á los estudios positivos, preguntan inútil-
 » mente á estos psicólogos que presenten un solo
 » descubrimiento real, grande ó pequeño, debido
 » á este método tan cacareado...» (1).

Demuestra, además, que el jefe del positi-
 vismo identificaba la filosofía con el estudio del
 espíritu humano por el método psicológico, el
 hecho de que, según él, sería rechazar el espí-

(1) A. COMTE. *Cours de Philosophie positive*. Tomo I, páginas 34-37.

ritu y tendencias de los « metafísicos » y desertar
 de su método, entrando en el terreno de la « filo-
 sofía positiva », el volver á la tradición aristoté-
 lica, partiendo de la observación exterior para
 elevarse á las más altas generalizaciones de la
 experiencia.

« Siento, dice, haberme visto precisado á
 » adoptar, por no haber otro, un término como el
 » de *filosofía*, del que tanto se ha abusado, em-
 » pleándole en multitud de acepciones distintas.
 » Pero el adjetivo *positiva*, por el cual queda mo-
 » dificado el sentido de aquélla, me parece sufi-
 » ciente para evitar, aun á primera vista, todo
 » equívoco esencial en aquellos por lo menos, que
 » conocen bien su valor. Me limitaré, pues, en
 » esta advertencia á hacer constar, que empleo
 » la palabra *filosofía* en la acepción que le daban
 » los antiguos, particularmente Aristóteles, como
 » designando el sistema general de las concepcio-
 » nes humanas; y, al añadir *positiva*, quiero dar
 » á entender que considero aquella manera espe-
 » cial de filosofar, que consiste en mirar las teo-
 » rías, de cualquier género que sean, como te-
 » niendo por objeto la coordinación de los hechos
 » observados; y esto es lo que constituye el ter-
 » cero y último estado de la filosofía general,
 » primitivamente teológica y después metafísi-
 » ca, como lo explicaré desde mi primera lec-
 » ción » (1).

(1) A. COMTE. *Cours de Philosophie positive*, advertencia, pági-
 nas VII, VIII.

Según acabamos de ver, son múltiples las causas que contribuyeron á extender el positivismo, en Francia principalmente y en Inglaterra, independientemente de la *Crítica de la razón pura*: en primer lugar, la tendencia sensualista y mecanicista de la filosofía de los siglos XVII y XVIII; después el prejuicio general de que la filosofía no dispone de otro método sino es la observación *interior*, y de que la metafísica no tiene absolutamente nada que ver con el estudio de la naturaleza; y finalmente, el prestigio de las ciencias físicas por sus rápidos progresos y maravillosos descubrimientos, ejercido en provecho del empirismo y en detrimento de la especulación.

No obstante esto, la *teoría* del positivismo no había sido formulada, hasta que el filósofo de Königsberg no echó las bases de su criticismo. Los sensualistas franceses, y los empiristas ingleses, excepción hecha de Hume, eran todos *dogmáticos*; á semejanza de Spinoza y de Leibniz, aceptaban el hecho del conocimiento, sin que se les ocurriera poner en duda su legitimidad. Aun el positivismo de A. Comte, más bien que teoría crítica, es un método. Pero Hume, en quien parecen converger el empirismo y el racionalismo, había logrado quebrantar la fe general en la certidumbre; hacia, por tanto, falta revisar el pasado. El problema de la posibilidad del conocimiento cierto era el primero que debía resolverse; porque, dado caso que nos sea posible penetrar en la naturaleza de las cosas, ha

de ser por medio del conocimiento (1). Kant fué el primero que abordó de frente la solución de este problema fundamental; y veremos á su genio crítico cerniéndose sobre toda la filosofía del siglo XIX.

El criticismo kantiano conduce, como es sabido, á dos conclusiones por demás incoherentes: la posibilidad de la certidumbre empírica, y el agnosticismo obligado en metafísica; conclusiones que coinciden con los dos aspectos, afirmativo y negativo, de la filosofía positiva.

La filosofía kantiana lleva á la conclusión de que al espíritu humano sólo le es dado conocer los fenómenos de experiencia, percibidos en las intuiciones del espacio y del tiempo y según las

(1) Nuestro colega en la Universidad de Lovaina, M. L. DE LANTSHEERF, ha analizado profundamente la razón psicológica de la importancia, que en la filosofía moderna tiene la crítica del conocimiento.

«Fácilmente se explica cómo ha debido nacer esta necesidad (de la crítica). No es fácil admitir que la inteligencia humana haya errado hasta el advenimiento de las nuevas ideas; por tanto, precisa dar una razón de esta ceguera. La más obvia es pensar que los antiguos no se propusieron examinar las bases del conocimiento, cuyos límites por lo mismo desconocieron. ¿Cómo habrían juzgado, sino como ciertas, cosas que hoy tenemos por falsas si no es porque carecieron de método y porque se ignoraban el verdadero criterio y las verdaderas condiciones de la certidumbre? Esta es la razón de por qué todo período saliente de la filosofía nueva comienza por la revisión de la facultad de conocer. Por eso Descartes trató de resolver, por medio de la duda, la cuestión que le atormentaba en presencia de las incoherencias de la Escolástica del siglo XVII. Por eso Kant vuelve sobre el mismo problema cuando el movimiento de ideas originado en la filosofía cartesiana hubo terminado con Wolff en un dogmatismo que él creía perjudicial. Por eso también las desilusiones que trajeron consigo, después de su caída, los grandes sistemas idealistas, hicieron volver á las inteligencias hacia los principios de Kant, combinados con los descubrimientos recientes de la fisiología y de la psico-física.»—*Revue Néo-Scolastique*, Abril 1894, pág. 108.